

según Cabello Balboa, Urco Colla, curaca de los Cañaris, envidioso de la fortuna de Atahualpa, mandó en secreto un emisario al Cuzco, con el objeto de indisponer al Inca Huascar contra su hermano. «Sabedor Atahualpa del enojo de su hermano, despachó a la corte, con ricos presentes para Huascar, a Quillaco, hijo de una inca noble, antiguo favorito de Huayna Capac. Quillaco fue recibido muy descomedidamente por Huascar, quien hizo dar muerte en presencia del embajador a cuatro de sus compañeros» (González, 1922: 10). Es así como Atahualpa se retiró a Quito para aprestarse a la defensa del reino que, al parecer, le había legado su padre, mientras Huascar enviaba un poderoso ejército al mando del general Atoc hasta Tomebamba, con el encargo de establecer allí su cuartel general. En una batalla desarrollada entre Mulhaló y Latacunga cayeron prisioneros Atoc, Urco Colla y otros caciques, que fueron pasados por las armas en Quito.

No mucho después, en una de las batallas desarrolladas en torno a Tomebamba, fue donde Atahualpa se dice que fue hecho prisionero. Casi todos los cronistas dan cuenta de esta historia de manera parecida. Atahualpa, según estos autores, fue encerrado en una torre vigilada por una nutrida guardia; pero mientras los vencedores celebraban el hecho, se dice que «un principal amigo suyo» o una india o «señora principal a quien sólo era concedido entrarlo a ver en la cárcel» le pasó una barreta de metal muy duro que unas veces es de bronce, otras de plata, etcétera, con la cual, en la noche, pudo agujerear los muros de la prisión y huir hasta Quito. «Atahualpa contó que su padre el Sol lo había transformado en serpiente y que bajo esta forma se había escapado de la prisión por una grieta» (Cabello, 1920: 150-51), «prometiéndole juntamente su favor para alcanzar victoria de su hermano si salía a pelear con él» (Cobo, 1964, XCII: 95). Gracias a esa historia logró entusiasmar a su ejército, el que, volviéndose sobre el valle de Tomebamba cayó «sobre los orejones e los venció e metió a cuchillo sesenta mill hombres en Tomebamba e desde allí vino ganando e sojuzgando toda la tierra de los que eran rebeldes a fuego e a sangre» (Fernández de Oviedo, 1959, V: 103).

Según cuenta Cieza de León «los Cañares estaban temerosos de Atahuallpa, porque habían tenido en poco lo que les mandó [y] recelaban no quisiese hacelles algún daño, porque lo conocían que era vengativo y muy sanguinario; y como llegase cerca de los aposentos principales cuentan muchos indios a quienes yo lo oí que, por amansar su ira, mandaron a un escuadrón gande de niños y a otro de hombres de toda edad que saliesen hasta las ricas andas, donde venían con gran pompa, llevando en las manos ramos verdes y hojas de palma y que le pidiesen la gracia y amistad suya para el pueblo sin mirar injuria pasada; y que con tantos clamores se lo suplicaron y con tanta humildad que bastara a quebrantar corazones de piedra. Mas poca impresión hicieron en el cruel Atahualpa porque dicen que mandó a sus capitanes y gente que matasen a todos aquellos que habían venido, lo cual fue hecho no perdonando, sino eran algunos niños y a las mujeres sagradas del templo, que por honra del Sol, su dios, guardaron sin derramar sangre dellas ninguna» (Cieza, 1967: 246-47). Esta terrible masacre, que es narrada de manera parecida por muchos cronistas, constituyó el inicio de una hecatombe que hizo descender a la población cañari en proporciones increíbles.

En realidad, Atahualpa «se vengó cruelmente de los Cañares, que siempre habían

favorecido a los enemigos; hacía abrir el vientre de todas las mujeres en cinta y dar muerte a sus hijos, diciendo que tales traidores merecían morir dos veces. Arrasó de tal manera esa provincia que donde antes había aldeas florecientes hoy no hay más que osamentas que blanquean el suelo» (Cabello, 1920: 150).

La despoblación fue impresionante. Zárate (1947: 473) dice que «llegando a la provincia de los Cañares mató sesenta mil hombres»; Hernando de Pablos precisa «que de cincuenta mill que había no habían quedado más que tres mill» (Pablos, 1897: 159). Lizárraga (1909: 528) señala que despobló este valle de Tumipampa y al pueblo del gran señor de los Cañares, que era el principal donde lo tuvieron preso, le dejó con tan pocos indios que agora, 43 años después, no eran ochocientos vecinos y al presente tienen muchos menos» y en el caso de Cañaribamba, Juan Gómez (1897: 183) afirma que Atahualpa «mató la mitad de la gente que había; y que por ser de tiempo tan antiguo no se acuerdan de la cantidad de los indios queran».

Las consecuencias de una acción tan brutal por parte de los incas en un período de tiempo que no sobrepasa el medio siglo, fueron terribles para el pueblo Cañari: su descenso demográfico, la imposición de tareas económicas muy por encima de sus hábitos y la presión organizativa y educativa fueron tan grandes que a la llegada de los españoles puede decirse que este grupo étnico apenas sobrevivía a tales calamidades. No es extraño, pues, que los primeros aliados con que contaron los nuevos invasores fuesen los restos de estos aguerridos Cañaris, que combatieron a los incas al lado de la hueste castellana, con la mayor saña y valentía.

## Genocidio y etnocidio hispánico

El segundo momento dramático con el que se tuvieron que enfrentar los grupos étnicos asentados en el territorio del actual Ecuador fue el que mejor conocemos los españoles, porque no en balde fueron españoles los agentes de tal etnocidio, etnocidio que inevitablemente conllevó un genocidio no menos dramático.

En efecto, lo que estamos llamando la «invasión hispánica» en territorio ecuatoriano representó, en primer lugar, un terrible impacto en lo que se refiere al aporte de nuevas enfermedades que, actuando como verdaderas plagas, destruyeron en poco tiempo a la población amerindia.

La primera de las enfermedades que azotó a la totalidad del grupo amerindio en todas las regiones del continente fue la *viruela*, frente a la que no poseían ningún género de defensas. Ya mencionamos el caso de Huayna Capac, muerto en 1525 a causa de una primera plaga de viruela que llega a la sierra ecuatoriana aun antes de que lo hagan los primeros españoles. Con posterioridad, esta terrible enfermedad volvió a barrer en múltiples ocasiones a la población amerindia de todo el continente.

Però no fue ésta la única epidemia que castigó a la población nativa del Nuevo Mundo, «una vez pasados los estragos iniciales de la viruela, que mató aproximadamente a un tercio de la población total, no prevaleció nada que se pareciera a una estabilidad epidemiológica. El *sarampión* siguió los pasos de la viruela y se extendió por México y Perú en 1530-1531 (...). Una nueva epidemia se produjo quince años después, en 1546, cuyas características no están claras. Quizá se trató de *tifus*»

(McNeill, 1984: 209), enfermedad que posiblemente era tan nueva para los indígenas americanos como para los propios europeos que la transfirieron al Nuevo Mundo.

Doce años después se desató un nuevo desastre epidemiológico. En 1558-1559, aparece una epidemia de gripe, de desastrosas consecuencias tanto en Europa como en América y posiblemente en todo el mundo. «La incorporación de las poblaciones amerindias al círculo de enfermedades epidémicas habituales en Eurasia, en el siglo XVI, no les libró de otras nuevas infecciones que llegaron a través del océano. Ciertas afecciones endémicas, relativamente triviales en el Viejo Mundo, se convirtieron regularmente en epidemias letales para las poblaciones del Nuevo Mundo, que carecían totalmente de resistencias adquiridas. Así, la *difteria*, las *paperas* y brotes recurrentes de las dos grandes enfermedades mortales, la viruela y el sarampión, aparecieron a intervalos durante los siglos XVI y XVII» (McNeill, 1984: 210).

Por último hay que mencionar, en este capítulo de la agresión de enfermedades foráneas, las que aportaron los grupos étnicos africanos incorporados a América a través del flujo esclavista. «Las dos enfermedades africanas más importantes que se establecieron en el Nuevo Mundo fueron la *malaria* y la *fiebre amarilla*. Ambas se harían importantes para determinar las formas humanas de asentamiento y supervivencia en las regiones tropicales y subtropicales del Nuevo Mundo» (McNeill, 1984: 211). La consecuencia de ello fue que la malaria y la fiebre amarilla vinieron a completar la destrucción del grupo amerindio en las tierras bajas tropicales hasta despoblar prácticamente regiones que antes tuvieron una tasa poblacional importante.

Al lado del terrible daño producido por las epidemias mencionadas, las víctimas de actos de guerra o de otros tipos de agresión sólo completaron el *genocidio* perpetrado por los europeos contra el grupo amerindio, pero, probablemente, no representaron un porcentaje muy elevado del total de víctimas.

Paralelamente al proceso genocida se produjo una tremenda agresión cultural contra los grupos indígenas supervivientes. Esto sucedió, en el caso ecuatoriano, de manera muy especial, en el área serrana. Cuando llegaron a esa región los españoles, el proceso de *quechuízación* iniciado con la conquista inca del territorio serrano del actual Ecuador no se había completado, de tal manera que una de las primeras dificultades con que se tropezaron los colonizadores hispanos y, en especial, los misioneros, fue el tener que enfrentarse con una multitud de lenguas diferentes, además del quechua. «Por esta razón tiene un significado especial la decisión del Primer Sínodo de Quito, congregado por el obispo López de Solís, en lo referente a la traducción del Catecismo a las lenguas indígenas usadas en las provincias donde no se entendía la lengua general del Inca» (Borchart, 1981: 263).

Sin embargo, el problema lingüístico se resolvería definitivamente a partir del hecho de la expansión del quechua, como lengua general impuesta por los misioneros, a la par que se extendía el castellano. «Sin embargo, a finales de la Colonia, ni siquiera la totalidad de los caciques conocía perfectamente el Español» (Borchart, 1981: 264). Como consecuencia de esa acción combinada quedaron prácticamente desterradas y olvidadas las lenguas indígenas pre-incas, al tiempo que se extendía el *quichua* y se introducía escasamente un castellano muy quechuízado.

La concentración de poblaciones dispersas en los nuevos *pueblos de indios*, la